

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *El hermano Quiroga*. Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios. Montevideo, 1957; 93 pp., ilustr. (*Estudios y testimonios*, serie II, núm. 4).

En sus últimos años Horacio Quiroga entabló estrecha amistad con Ezequiel Martínez Estrada, a quien llamaba afectuosamente "mi hermano menor". Éste nos ofrece hoy, por sugerencia del poeta uruguayo Roberto Ibáñez, una rica semblanza en la cual las anécdotas y la documentación epistolar contribuyen a iluminarnos mejor diversas facetas del carácter de Quiroga.

Los quince capítulos que forman el opúsculo nos hablan sucesivamente de las afinidades espirituales que unieron a ambos escritores y de las cuales nació su "hermandad"; del anhelo constante de Quiroga por que Martínez Estrada se incorporara con él al ambiente y a la vida de Misiones; de las peculiaridades afectivas del cuentista uruguayo y de sus preferencias y dificultades en materia de amistad; de su carácter difícil, que puede parangonarse con el de Tolstoi y el de Lawrence. Una serie de anécdotas narradas en los capítulos 5-9 muestra su recóndito deseo de muerte, sus violentos cambios de humor, sus gustos e ilusiones. El 10 nos refiere las incesantes preocupaciones económicas de Quiroga, quien, pese a todo, fue siempre una persona desprendida y austera. El 11 nos muestra al hombre laborioso, ocupado con frecuencia en trabajos manuales imprescindibles para su salud espiritual. El 12 nos informa acerca de sus lecturas preferidas y nos transmite algunos de sus juicios y apreciaciones en materia literaria. El 13 precisa sus ideas políticas y sociales. Los capítulos 14 y 15, por fin, se ocupan de la soledad que caracterizó sus últimos años, en los cuales presiente la muerte como único refugio posible.

La obra de Martínez Estrada no es sólo una contribución más al mejor conocimiento del hombre que fue Horacio Quiroga; es el retrato de su vejez proporcionado por quien estuvo tan cerca de él en esta trágica (aunque aparentemente serena) etapa de su vida.—E. S. S. P.

JOSÉ ENRIQUE ETCHEVERRY, *Horacio Quiroga y la creación artística*. Universidad de la República, Montevideo, 1957; 44 pp. (Publicaciones del Departamento de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias).

Hasta la fecha, salvo el *Decálogo del perfecto cuentista* y alguna que otra consideración aislada, carecíamos de un *corpus* de los juicios de Quiroga acerca de la creación artística. Basándose en las afirmaciones del narrador uruguayo contenidas en veinte de sus artículos y en cartas, y apoyándose en una selecta bibliografía, José Enrique Etcheverry ha realizado cumplidamente esa tarea tan necesaria para quienes se dedican a estudiar a Quiroga. La transcripción a veces casi total de los artículos enriquece el trabajo y lo vuelve utilísimo.

De acuerdo con la distribución de materiales que sigue el opúsculo (carece, por desgracia, de estricta división en capítulos y de índice), las primeras consideraciones recogidas se refieren en general al arte del escritor y a las características que debe ofrecer: seriedad, dureza, dificultad, rechazo de lo vulgar, apasionamiento, intervención de la propia vida en la obra que se realiza (pp. 9-12). Las consideraciones siguientes atienden a la categoría social que merece el artista, a la dignidad que debería tributársele como creador, a sus derechos inalienables sobre el resultado de su esfuerzo tanto para él como para su familia, a los impulsos que pueden moverlo a la creación (son especialmente interesantes los motivos que señala Quiroga para haber dejado de escribir), a las influencias, a la verdad en la realización y a la información literaria precisa (pp. 13-25).

De la p. 25 en adelante, Etcheverry recopila las opiniones referentes al género en que con más brillo y fuerza se destacó Quiroga: el cuento. Vemos allí qué era para él un cuentista nato y cuáles son las tres cualidades que particularmente lo distinguen a él en este género: sentimiento personal intenso, capacidad para atraer la atención y comunicación enérgica de la "vivencia". Se examina luego la definición quiroguiana del cuento, la diferenciación entre éste y la novela, la estructura y el estilo que le son más propios, la manera de realizar el cuento, el valor relativo del tema, los personajes, la descripción del paisaje y el regionalismo lingüístico.

La simple enumeración de todos estos aspectos acerca de los cuales se manifestó Quiroga demuestra la importancia del trabajo de Etcheverry. Es, sin duda, una de las más valiosas aportaciones al estudio del pensamiento literario del gran cuentista del Uruguay.—E. S. S. P.

ULRICH LEO, *Rómulo Gallegos. Estudio sobre el arte de novelar*. Ediciones Humanismo, México 1954; 188 pp.

Publicado con motivo del 25º aniversario de *Doña Bárbara*, el libro de Ulrich Leo no es en realidad una obra orgánica sobre Gallegos, sino una recopilación de artículos aparecidos en fechas diversas. Dos de ellos se refieren en especial a la novela que motivó el homenaje: "*Doña Bárbara*, obra de arte" (1940) y "*Doña Perfecta y Doña Bárbara*" (1950). El tercero, "La invención en la novela: Apuntes acerca de la trayectoria estilística de Rómulo Gallegos" (1943), es el estudio que con más justicia se ciñe al título del volumen, el cual se completa con "*Sobre la misma tierra: Apuntes al estilo de la novela-película*" (1944) y "Un maestro en formación. Sobre dos novelas cortas de Rómulo Gallegos" [*Los inmigrantes y La rebelión*] (1945). Pese a todo, no se puede hablar de verdadera ruptura en la unidad del libro: los elementos necesarios para llegar a ella están en los artículos, y un lector atento sabrá hallarlos sin dificultad.

Aunque el profesor Leo parece admirar el arte de Gallegos, no se deja entorpecer por el entusiasmo desmesurado: subraya con acierto los valores (véase especialmente el análisis de cuatro pasajes de *Pobre negro*, pp. 87-93), y con no menor acierto señala lo que considera fallido (cf., por ejemplo, sus apreciaciones acerca de la inconveniencia formal de *Pobre negro* y de *El forastero*, obras a las cuales cuadraba mejor el molde del ensayo, pp. 79 ss. y 93 ss.). Pero el autor puede desconcertarnos a veces, como en el trabajo dedicado a *Sobre la misma tierra*, donde los párrafos iniciales hacen esperar el desarrollo de un juicio totalmente favorable, mientras el análisis salva muy poco el conjunto, a pesar de ser "sin restricciones una novela" (p. 112).

Es evidente que el autor ha escrito directamente en español los trabajos que integran el volumen. Aunque es notable su manejo del idioma, no habría estado de más un repaso (impedido quizá por la prisa de la editorial) o los consejos de un "corrector de estilo". Además, nos molesta el uso frecuente de ponderaciones y adjetivos convencionales ("sublime", por ejemplo), que opaca su labor crítica y disminuye la eficacia del libro. Nos apena llamar la atención sobre este aspecto a un crítico tan agudo y que ha sabido descubrir tantos matices expresivos en la prosa de Gallegos.—E. S. S. P.